

Vamos a tocar el agua

•
•
•

Vamos a tocar el agua

LUIS CHAVES

- los
- tres
- editores

*Para la familia berlinesa:
Alexandra Ortiz Wallner,
Timo Berger y Jorge Locane*

Nota del autor

Como residente del Programa de Artistas en Berlín, del DAAD, viví con mi familia en la capital alemana de enero del 2015 a enero del 2016. Las crónicas que escribí al final de cada estación son la base de este libro. Volví a ellas el año siguiente; a lo largo de doce meses aumenté, corregí y edité los textos. Esto sucedió en mi casa de Zapote, pero también en Santiago de Chile y Buenos Aires. Cuanta más distancia me separó de Berlín, más cerca tuve la otra parte de la experiencia. Creo que los textos dejaron de hablar del espacio y se ocuparon más del tiempo, menos del exterior que del interior. Se desprendieron del registro inicial para convertirse en un relato. Una mañana de enero del 2017, en Nantes, se cerró, con un punto final, el ciclo de aquel viaje.

«Todo esto sucedió, más o menos».

Invierno otra vez

Uno pestañea y pasan seis meses, pestañea de nuevo y ya hay que volver. Eso se dice como convención, pero no nos engañemos, no es así. No es así para nada. Mejor dicho, es todo lo contrario. Pasan muchísimas cosas en un año. Todo es cuestión del lugar desde donde se mire. Me refiero a las cosas pequeñas, a lo lateral, a los caminos tributarios. En mi caso, en el caso de estos capítulos, los eventos que llenan las páginas de cualquier diario privado, de toda colección de fotografías, de toda banda sonora mental, los olores, lo que de forma inmediata se convierte en materia casi ectoplásmica, los recuerdos, los activos intangibles que van completando eso que queda dentro del paréntesis de lo que luego llamamos «una vida».

Puedo solamente echar mano a la ortopedia del ejemplo personal para explicarme: hablo del cepillo bajando por el pelo, negro cuando mojado, de LaMayor, la oscura mañana del invierno de enero 2015 mientras

se alistaba para ir por primera vez a la escuela alemana, a escasos cinco días de haber llegado a Berlín; de las campanadas con sordina del reloj de pared de algún vecino; de las calles de Schöneberg y barrios aledaños recorridas a pie, el invierno anterior, tocando timbres –modus operandi desconocido para los alemanes–, prácticamente rogando en cualquier *Kindergarten* por un lugar para LaMenor; la rotación y traslación del planeta registradas en el avance mensual de la luz sobre la hiedra (o las huellas de la hiedra) del edificio de enfrente, otra fachada del acomodado barrio de Friedenau; del llanto de las chicas antes de dormir las primeras semanas, seguido del llanto de madre y padre una vez que ellas se dormían; de la mañana de marzo en que hizo 9 °C y nos apoderamos del balcón sin jackets de invierno y desayunamos ahí como diciendo «solo pedimos un poquito de calor»; del timbre de Skype que cada semana traía noticias de «la familia de allá»; de los sonidos del edificio que marcaban los horarios: los chamacos del tercero bajando las gradas en quejas contra la escolarización; del esporádico sexo del vecino de arriba; de la clase de piano del vecino de abajo; del horario matutino salvaje de los recogedores de basura clasificada; del tránsito metálico hacia el norte y el sur de los trenes del S-Bahn 1; de las semillas de álamos entrando a la casa por las ventanas de la primavera; del zumbido amenazante de las avispas del verano; del olor invasivo de las estaciones; de los desayunos o cenas en los que chequeábamos el pronóstico del tiempo porque eso, a diferencia de nuestra

situación ecuatorial, es lo que se hace en las partes del mundo regidas por solsticios y equinoccios; de las dosis semanales de ibuprofeno, hidrotalcita (Talcid) o, si hubo excesos, de propinox + clonixinato de lisina (Sertal); de la carrera diaria matutina para no perder el 246 en que llevaba a LaMenor hasta su *Kita* en la frontera exacta entre Steglitz y Tempelhof; de la visita cada lunes a la Getränke Hoffmann del barrio para cambiar botellas vacías por cervezas y conversar brevemente con el alemán-del-este, dueño de la tienda y –alta casualidad– poeta; del helado de vainilla los martes y jueves de primavera en el S-Café cada tarde después de natación de LaMenor; de la coreografía con las chicas una tarde de verano frente al espejo; de la joven arquetípica, dueña del tiempo, la juventud y la belleza, que cruzó la Hauptstraße en bicicleta, su movimiento ralentizado por las semillas ingravidas de los álamos; de los varios cortocircuitos maritales que las chicas silenciaron con la televisión; de la novela de Coetzee, maestro de la desgracia y la mala onda, que llevé al camping del verano y leí mientras mis hijas, allá en la arena, daban vueltas de carreta y relativizaban sin saberlo al nobel sudafricano; de las luces de colores vistas al pasar desde los raíles aéreos del S-Bahn; de las candelas de cumpleaños derritiéndose sobre un queque; de los libros de Carlos Pardo, Lorrie Moore o Wilhelm Genazino que me acompañaron en los asientos del transporte público; o del día en que vi a dos superancianos caminar de la mano y me pregunté cuál era el hombre y cuál la mujer y luego, como por iluminación, entendí

que qué mierda importaba esa respuesta; de los numerosos familiares y amigos que pasaron a visitarnos al 18 de la Wielandstraße; de buscar la zona fresca de las sábanas y de la almohada en las noches de verano; del sonido de las bicicletas de las chicas alejándose en el Gleisdreieck en la frontera de Schöneberg y Kreuzberg, nuestro parque de cabecera durante la primavera y el verano; de las cervezas, otra vez, enfriándose en el balcón; del mensaje por WhatsApp de un amigo una mañana anunciando: «Mae, murió Chavo», y otro, unos días después: «Nació Diego»; de la vida privada de Mariajo, de LaMayor, de LaMenor, de la mía, esa que es sagrada y que no se comparte con nadie. Cosas así.

•••

El 21 de diciembre fue la noche más larga del año, el solsticio de invierno. Abrimos la botella de ron Zacapa, regalo de un amigo guatemalteco que estuvo de visita. También la terminamos. Eso es todo lo que recuerdo.

En cambio, son muy claras las imágenes de la mañana en que compramos el árbol de Navidad en la esquina de Dickhardtstraße y Hauptstraße, y de la incursión en la Euroshop (todo a un euro) para adquirir guirnaldas, luces y demás decoraciones.

Fue en la larga y concurrida mesa de la cena del 24 (una pata de chanco exquisita adquirida en el histórico e imponente almacén KaDeWe) cuando, en un cruce de miradas con Mariajo, aceptamos lo que era

imposible evadir por más tiempo: ahora sí caía el telón sobre el-año-de-Berlín.

En adelante entramos en lo que podría llamarse un estado crepuscular, la sensación de que todo se hacía «por última vez». Las líneas U7 y U9 del metro, el bus 246 (*Kita* de LaMenor) o el 186 (escuela de LaMayor), el mercado de frutas y vegetales, ciertos trayectos que ya hacíamos a ojos cerrados, el cajero automático del Commerzbank en la Hauptstraße, los supermercados del barrio (Netto, Edeka, Aldi), la oficina de correos y el Späti (kiosco veinticuatro horas) de Rheinstraße donde me surtí de birras frías por 365 días. Despedidas municipales.

Redactamos y pegamos en la puerta de entrada al edificio una carta para los vecinos que, con otras palabras, decía esto: el 31 tenemos fiestón incendiario en casa. Y lo cumplimos. Llegó buena parte del elenco que recordaremos como la familia berlinesa. Estábamos armados con pólvora, comestibles, bebestibles y un playlist atómico en el que no escaseó ni salsa ni merengue ni funk.

Desde el balcón, debajo de la luna llena (que también hubo en Nochebuena), vimos a los nativos volverse locos por primera vez desde que llegamos. Fuegos artificiales de barrio, gritos en la calle, botellas quebrándose en la vía pública, todos con luz verde para no recoger la basura que dejaban. En Año Nuevo se sueltan la peluca.

En un momento de nuestra fiesta, menores y mayores de edad blanden sus luces de Bengala. En otro,

estoy haciendo el *moonwalk* y luego, sobrevivido por las mujeres de la casa, caigo dormido con los anteojos puestos.

2016.

...

Apenas empezaba a disiparse la resaca del Año Nuevo cuando cayó drásticamente la temperatura. Una seguidilla de días infaustos con bajas de $-12\text{ }^{\circ}\text{C}$ dramatizados por una sensación térmica que llegó a cifras tipo $-21\text{ }^{\circ}\text{C}$; las cervezas se congelaban en el balcón. Todo indicaba que íbamos a pasar puertas adentro los últimos días de Berlín.

El 5 de enero retrocedió el castigo climático y en la mañana empezaron a caer unos poquísimos copos de nieve. Pequeños y escasos, casi fuera de la ley de la gravedad, como plumas desprendidas de pájaros diminutos. Para el fin de la tarde seguían cayendo, monótonos e insistentes: hubo fotos celebratorias de las chicas en el balcón recibiendo los copos. Esa noche Mariajo y yo nos quedamos tarde conversando. La única fuente de luz en toda la casa era la del monitor de la compu en medio de la cama. Poco a poco, rodeados de silencio, empezamos a hablar en susurros, no supimos bien por qué. Luego nos dormimos. En algún momento de la madrugada me levanté para ir al baño a cumplir con ese impulso contradictorio que es mear para tomar agua inmediatamente después, como en un acto reflejo compensatorio. En fin, me levanté y me pareció

que estaba amaneciendo a deshoras, imposible para el invierno. Había mucha luz. Corrí una cortina y me asomé por la ventana: no era luz del amanecer, era un manto blanco y pesado que cubría toda la calle, los árboles, los carros.

Nevó toda la noche y buena parte de los dos días siguientes. Se dice que cayó una capa de más de doce centímetros sobre Berlín. Se equivocó el pronóstico del tiempo de mediados de diciembre que predecía un «no-invierno».

...

Aparte de eso, enero ha sido la casa a medio empacar, algunos trámites administrativos finales. También la última semana de *Kindergarten* y escuela para las chicas, despedidas privadas con los amigos cercanos y un ruidito interno que aumenta producto de dos cosas: lo que termina y lo que va a empezar. La historia de siempre. No hablo por nadie más, pero para mí todo cambio es una amenaza. Eso explica el insomnio, el hacha clavada en la espalda y los accesos de gastritis de los últimos días.

Hay mucha ansiedad, claro. A las chicas se les sale de una forma; a los adultos de la casa, de otra. Pero Mariajo, LaMayor y yo estuvimos más susceptibles hacia el fin del otoño. Desde hace varias semanas, una mitad del cerebro ya está en Costa Rica. En cambio, lo que era previsible, LaMenor, que todo el año sostuvo que quería volver para no viajar nunca más, anda por la casa y

por la vida como un cable expuesto. A mil revoluciones, un cuerpo de energía y emociones en estado puro. Baila, canta, toma fotos, dibuja en serie, llama sin parar por su teléfono de juguete a sus amigas y amigos de la Kita, duerme en una especie de madriguera que armó en un rincón del cuarto y llora sin consuelo si el viento cambia de dirección.

...

Varias noches fui ciudadano de una de aquellas «naciones fluidas» que menciona George Saunders en *The Braindead Megaphone*, específicamente –y con una leve variación– del país de Hombres que se Sientan Tarde en la Noche a Mirar a sus Hijas Dormidas.

...

Ya la casa está como la recibimos, sin ninguno de los signos de la gradual apropiación que fuimos ejerciendo a lo largo del año. Las fotos, los pósteres, la ropa de los armarios, los objetos de las gavetas y muebles. Nada. Lo que no está en valijas está en la basura.

Lo último que despegué de la pared del cuarto/estudio al fondo de la casa fue una foto de los cuatro durante la escala hacia Berlín. Una *selfie* en la que aparecemos en este orden: LaMenor, Mariajo, yo, LaMayor. Abajo dice: BARAJAS, MADRID, 14 DE ENERO DE 2015. Hacíamos escala antes de volar a Tegel. Entonces el-año-de-Berlín era apenas una promesa o un misterio o, para

ser más precisos, una mezcla de las dos cosas. Varias veces en estos 365 días, en momentos difíciles, frustrado, al borde de la rendición, vine a ver esa foto. No movido por ningún tipo de superstición ni esperando alguna señal. No me fue dado el pensamiento mágico. Venía solamente para ver quiénes eran aquellas cuatro personas de otro momento, para ver por qué trataban de sonreír, pero sobre todo para ver por qué también estaban tan aterradas.

•••

Es la madrugada del 13 de enero. Abrigados hasta los dientes, esperamos el taxi/camioneta que nos llevará a Tegel con el copioso equipaje. Ya repetimos tres veces el «test del subnormal»: verificar que llevamos pasaportes y boletos. Por el huso horario, llegaremos el mismo miércoles; fuera de toda metáfora, viajamos en dirección contraria a las manecillas del reloj. Haremos, en recorrido inverso, otra vez escala en Madrid. Barajas será el pivote entre lo que ya terminó y lo que está por empezar.

Índice

<i>Nota del autor</i>	9
Invierno	11
Primavera	29
Verano	51
Otoño	67
Invierno otra vez	83

Vamos a tocar el agua

© Luis Chaves, 2021
© Los Tres Editores, 2021
www.lostreseditores.org
info@lostreseditores.org

Panoplia de Libros
Ulises, 65. 28043
Madrid, España

Apartado postal 06-3100
Santo Domingo de Heredia, Costa Rica

Primera edición con este diseño: octubre, 2021

ISBN: 978-84-124479-4-1
Depósito legal: M-27664-2021

Diseño de interiores: trineo.com.ar
Diseño de colección y de marca: Marcela Maury
Imagen de solapa: Kabek Gutiérrez
Imagen de colofón: Laura Astorga Monestel
Impresión: Kadmos

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Impreso en España / *Printed in Spain*





Esta edición de *Vamos a tocar el agua* se terminó de imprimir en octubre del 2021 mientras el río Elba sigue su curso incesante. Dice el mito urbano que una familia todavía se puede ver desde el espacio.